

# Totalitarismo, populismo y refundación sociopolítica.

**Breves notas críticas sobre La Dictadura Militar (1976-1983):  
Del golpe de Estado a la Restauración Democrática,  
de Marcos Novaro y Vicente Palermo**

*Por: Julián Alberto Melo<sup>1</sup>*

**E**n este libro, Marcos Novaro y Vicente Palermo analizan un tramo de la historia nacional argentina donde la vida civil y la militar se imbricaron de tal modo que la diferenciación era prácticamente imposible. Dicha imbricación alojó -y aloja- un contenido político y social de tenor personal, en muchos casos emocional, que obliga a un tratamiento analítico cuidadoso.

La clave histórica, en sentido social e institucional, es la que permite comprender los siete años del Proceso más allá de aquellas imbricaciones. Los autores hacen un ajustado esfuerzo por entender al Proceso en una clave de largo plazo, hacia el pasado y hacia el futuro, que, no sin dejar elementos polémicos y de debate, empuja a la reflexión. ¿Por qué sucedió el Proceso? ¿Cómo explicarlo sin decir que fue un sueño mesiánico de un grupete de locos delirantes que liquidaron a diestra y siniestra a una generación que tenía “la sana misión de construir la nueva nación y la nueva sociedad”? ¿Cómo explicarlo sin decir que fue un plan de reforma política y social que la sociedad necesitaba y que por lo tanto se produjo porque ella lo quería y porque ella lo apoyó ferviente aunque austeramente? ¿El mesianismo y la complicidad no se combinan? ¿Eran todos mesiánicos de un lado y todos cómplices del otro? Entonces, ¿cómo hacer para explicar el Proceso sin caer en la acusación fácil y sin dañar la moral y la integridad emocional del lector o del investigador?

Los autores, a lo largo de los siete capítulos de que consta el libro, entregan gran cantidad de herramientas para pensar al Proceso. Estos siete capítulos se desarrollan sobre tres grandes ejes. El primero de ellos encadena al “Proceso” con la profundidad e intensidad de la crisis institucional posterior a la muerte de Perón. Dicha crisis explicaría por qué los militares tuvieron tan ancho margen para erigir una alternativa regeneracionista del país agitan-

---

<sup>1</sup> Politólogo de la UBA, Master en políticas públicas de UNSAM-Georgetown, becario doctoral de Conicet y doctorando en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras

do el fantasma de la disolución nacional. Novaro y Palermo proponen que el Golpe de 1976 no constituyó un nuevo eslabón en la cadena iniciada con el derrocamiento del gobierno de Yrigoyen en 1930. La crisis que envolvía al país en los primeros '70 (sobre todo después de la muerte de Perón) explicaría la intensidad de la ruptura. La reorganización de la Nación que decían abordar los militares del '76 tenía, como fin último, regenerar la raíz de la sociedad partiendo de un quirúrgico plan para finalizar ciertos patrones de reproducción social y económica del país que ellos identificaban como el germen de la crisis coyuntural. Entendiendo al Proceso enclavado como una ruptura con el patrón anterior de intervención militar, pero, a la vez, como un plan de largo alcance que tenía un estricto fin regeneracionista, los autores analizan cuáles pueden haber sido los éxitos y los fracasos de aquella vasta empresa, siempre vistos, los éxitos y los fracasos, desde la óptica de las propias Fuerzas Armadas.

Un segundo eje se constituye en la descripción del plan represivo de las Fuerzas Armadas en el poder. Esta descripción no se agota en la actuación propiamente militar del gobierno de *facto* sino que ahonda en las formas en que dicha actuación fue tejiendo una nueva realidad social para el país. Los autores describen el rol político de otros actores sociales, como, por ejemplo, la Iglesia católica y los medios masivos de comunicación, en la construcción de nuevos mundos de la vida cotidiana durante los *años de plomo*.

Un tercer eje se posa sobre la explicación de por qué los militares extraviaron la posibilidad de “refundar” la nación. Novaro y Palermo miran la trama política del régimen militar resaltando una idea cardinal: la “complicada institucionalidad del Proceso”. Para los autores, la falta de cohesión interna del régimen es la razón de muchos de sus fracasos; principalmente, de su rotundo naufragio para construir una nueva legitimidad “libre de los pesados y añejos lastres de la política nacional”. Falta de cohesión porque, por un lado, los militares establecieron mecanismos de toma de decisión política suficientemente intrincados y exigentes de la participación de todas las Fuerzas como para que los desajustes y desavenencias entre Armas –en muchos casos, de larga data– mellasen las posibilidades de éxito. Por otro lado, y a medida que, con el paso de los años, perdían su único elemento aglutinante –que no era otro que la supuesta guerra contra la subversión–, las Fuerzas Armadas no encontraban, detrás de un rumbo económico certero y exitoso, la clave que las cohesionara para dar el paso decisivo sobre la reorganización del sistema socio-político nacional.

La ausencia de este factor cohesionante, que supone una gran diferencia con el autoritarismo chileno de la misma época<sup>2</sup>, es más importante al comprender, como sugieren los autores de este libro, el lugar que las Fuerzas Armadas se proponían a sí mismas para encarar el Proceso. Ellas se (auto)promovían hacia un espacio cerrado, tanto frente a la sociedad como al Estado, por considerar que así se liberarían –los militares– de toda presión social que hiciera naufragar el intento regeneracionista en la “*ciénaga populista*”. Novaro y Palermo dicen claramente que ese encapsulamiento militar original no les serviría para evitar la presión social moderadora, típica de un régimen democrático, sino que, todo lo contrario, los internaría en un laberinto de inconsistencias a nivel de la decisión política difícil de descifrar, a la vez que los entregaría al faccionalismo y la disputa palaciega, que serían una fuente de creciente incertidumbre a lo largo de los años.

Hacia el final del libro, Novaro y Palermo describen la Guerra de Malvinas como una forma en que la Junta buscó ganar capital político para controlar la disputa política interna de las Fuerzas Armadas. El siniestro naufragio de aquella “empresa” significaría el fin de los sueños políticos castrenses, el derrumbe de sus aspiraciones a titularizar la legitimidad de un orden político nuevo y la aparición de una democracia liberal “definitiva”, que parecía querer romper el cascarón de la tutela militar y la inestabilidad crónica, mostrando actores políticos (los Partidos) en un lugar central (que, para los autores de este libro, fue más un fruto del enorme descrédito militar que de los aciertos civiles opositores durante el Proceso).

### La cuestión del totalitarismo

El problema de la filiación totalitaria del Proceso es importante, y Novaro y Palermo ofrecen argumentos que no terminan de aclarar la cuestión: ¿el régimen militar iniciado en 1976 es un autoritarismo o un totalitarismo? ¿Tiene elementos de uno y de otro? Los autores dicen, refiriéndose a la relación entre el ambiente social y el régimen político, que “la búsqueda de parecidos de familia entre los regímenes totalitarios y el Proceso, en este terreno, puede confundir más que ayudar al ocultar diferencias importantes. Los totalitarismos son, en esencia, revolucionarios, y no hay ninguna revolu-

---

2 Esto tiene que ver, básicamente, con el rol cohesionador de la figura del líder militar en Chile que, bien sabido es, estaba ausente en el régimen argentino. Los autores, de todos modos, asumen que la cohesión del régimen chileno no era tanta como se creía, y para ello toman un texto de Robert Barros (2001). “Personalización y controles institucionales: Pinochet, la Junta Militar y la Constitución de 1980”. *Desarrollo Económico*, Nro. 161, abril-junio, IDES, Buenos Aires.

ción que sea la expresión de una o algunas clases: la revolución es la expresión de los revolucionarios y, más allá de compromisos momentáneos, las clases son sus enemigas, que tarde o temprano (como los dioses de Visconti) tienen que caer. Es por ello que el esfuerzo totalitario por lograr el control sobre los individuos no perdona ni clase ni familia.” Luego agregan que “el régimen procesista, por el contrario, fue radicalmente conservador, no socavó la autoridad paterna sino que pretendió restaurarla” (p.126). Pero, más adelante, casi al final del libro, los autores explican, en referencia a la falta de anclajes sociales de los militares, que, “encerrado en la lógica totalitaria de su plan antisubversivo, el régimen fue consumiendo su tiempo hasta que ya sólo pudo intentar escapar de sí mismo” (p. 545). Lo restaurador o lo conservador no afecta el carácter revolucionario de una acción política: es decir, una revolución puede ser tanto restauradora como instauradora, donde la novedad de “lo revolucionario” no explica nada. Es decir: una revolución puede ser “conservadora”<sup>3</sup>. ¿Se puede decir que el Proceso no fue totalitario porque era conservador? Luego, ¿por qué se insiste con el carácter fundante del régimen iniciado en 1976? ¿Dicho carácter no contradice lo conservador, suponiendo la novedad o la ruptura que los autores detectan como esencia del régimen de 1976 y que muchos otros destacan como típica de un totalitarismo?<sup>4</sup> Entonces, vale preguntarse: ¿el Proceso fue tan conservador?, o bien, ¿fue tan fundador?

### El carácter fundador del Proceso de Reorganización Nacional

En referencia a los objetivos del Plan de las Fuerzas Armadas, Novaro y Palermo explican que “se trataba, en definitiva, de refundar el *ethos* de la sociedad: restablecer una concepción economicista, individualista y atomista de la ciudadanía y de la vida social, la primacía de lo jerárquico y competitivo por sobre lo solidario, reemplazar con un Estado ‘subsidiario’ a aquel concebido como garante de derechos sociales, planificador y regulador del

---

3 Jeffrey Herf, al referirse a los modernistas reaccionarios –que son el brazo intelectual del nazismo alemán– dice que ellos eran nítidamente conservadores pero, y allí parafrasea a Thomas Mann, que tenían una postura afirmativa hacia el progreso y la robusta modernidad que estaban combinadas con sueños del pasado. De todos modos, el propio Herf analiza, justamente, el carácter paradójico de esta combinación dentro del conservadurismo alemán. Véase Jeffrey Herf (1993): *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, Fondo de Cultura Económica, México.

4 Para esto puede verse de Hannah Arendt (1994): *Los orígenes del totalitarismo* Planeta-Agostini, Buenos Aires. También puede verse Mario Stoppino (1986): “Totalitarismo”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci: *Diccionario de Política*, Tomo II, Siglo Veintiuno, México.

capitalismo” (p. 37). Los autores argumentan que el Proceso fracasó en la consecución de muchos de sus objetivos programáticos, pero no falló en transformar la raíz social argentina. No obstante ello, las aristas de la fundación o la re-fundación habilitan un debate interesante. Principalmente porque “fundar”, como cualquier otro establecimiento de un límite, nomina en el mismo acto el antes y el después. De esta manera, si alguien dice que los militares fueron exitosos en su intención de poner fin a una época, está diciendo que abrieron una nueva, porque el mismo acto de poner fin es el de dar comienzo. Entonces, ¿dónde aparece el fracaso fundador del régimen? Y allí los autores, si bien no se hacen esta pregunta, marcan la distancia con claridad: para ellos, los militares se propusieron cerrar “los ciclos pendulares de gobiernos militares fuertes y gobiernos civiles débiles” (p. 468) y ello tuvo un final bastante satisfactorio. Pero donde fracasaron ostensiblemente fue en ser titulares de la legitimidad del nuevo orden.

En el análisis de la transición democrática, Novaro y Palermo revisan el rol de los actores circulantes por la arena política nacional. Los grises de aquella transición tienen relación con que, por un lado, el nuevo régimen nacía alentado por “la aspiración de lograr una refundación democrática que no implicara un mera reedición de anteriores transiciones y salidas” (p. 468). Los autores dicen que no sería posible restaurar la vieja política de masas, al tiempo que explican que “el marco que dieron a la transición el retiro desordenado del poder militar y la deslegitimación de sus apuestas programáticas, rehabilitaría las banderas populistas, tanto dentro como fuera de los partidos mayoritarios” (p. 540). El interrogante que surge es: si el régimen militar tenía –como afirman los autores en varios pasajes– un carácter eminentemente antipopulista y, además, se sostiene que fueron exitosos para poner fin a una época, decir que la caída de esos militares habilitó el surgimiento de tendencias populistas, ¿no equivale a una contradicción argumental cardinal? El tema no es menor, sino que tiene que ver con la caracterización esencial de un régimen político en la historia nacional (el iniciado en 1976), pero. Además, tiene que ver con la caracterización del régimen naciente de sus cenizas. El problema, en cierto modo, se reduce a la definición de populismo –que los autores no brindan–, pero no es una dificultad porque dicha definición no aparezca en el texto del libro, sino porque así se arrastran los problemas de precisión de la palabra populismo<sup>5</sup>, al decir que éste es lo que atacan los militares y lo que embanderan los líderes democráticos de principios de los ochenta. Luego, entonces, cabe preguntarse, ¿qué es el populismo? Resolver

---

5 Para una discusión de la polisemia del término populismo puede verse Aboy Carlés, 2002.

esto quizás exceda los fines de estas páginas y las posibilidades de quien las escribe, pero plantear la discusión es elemental para comprender la verdadera dimensión del fenómeno que Novaro y Palermo se han propuesto investigar.

### La cuestión del populismo

¿Cuando los militares pensaban en populismo, pensaban en lo mismo que Novaro y Palermo cuando caracterizan la democracia liderada por Alfonsín? Si es así, entonces el carácter de ruptura del Proceso estaría más que puesto en duda. Parece que los autores tienden a ver que lo que los militares denominaban como populista, la organización política en clave popular y movilizacionista, sí fue eliminado como raíz política argentina. El problema asoma cuando se detectan ciertos aspectos populistas en la democracia de la transición: ¿cuáles son esos elementos? ¿Hay efectivamente algún grado de continuidad? Palermo y Novaro, en referencia al discurso alfonsinista, dicen que “la fundación del Estado de derecho, no casualmente confundida en su argumento con la creación de un orden representativo basado en el sufragio universal, apareció como *leit motiv* de las luchas de todos los partidos populares, y del radicalismo en particular, en un discurso que enhebraba el espíritu movimientista, incluso anti-oligárquico y populista, con los temas constitucionales” (p. 518). Cabe preguntarse, ¿qué es el “espíritu populista”?

Aboy Carlés expresa que el populismo es “un mecanismo específico de gestión de aquella tensión irresoluble entre ruptura e integración que caracteriza a toda identidad política [...] un movimiento pendular que agudiza las tendencias a la ruptura y las contratendencias a la integración, que afirma y devora alternativamente su propia frontera constitutiva, y que por tanto, promueve la emergencia de oposiciones bipolares” (Aboy Carlés, 2002: 30)<sup>6</sup>. Aquello que los militares denominaban como populismo está emparentado con su acepción estructural-funcionalista, que lo ve como una asincronía en el proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, atada a la emergencia de un liderazgo discrecional y a la incorporación indiscriminada y descontrolada de las masas a la vida política e institucional.

A modo de esbozo se podrían extender los razonamientos de Aboy Carlés y decir que la continuidad de la tradición populista argentina -que

---

6 El concepto de frontera es tomado, también, del texto citado de Aboy Carlés, donde expresa que se entiende por frontera política “el planteamiento de una escisión temporal que contrasta dos situaciones diferentes: la demonización de un pasado, que se requiere aún visible y presente, frente a la construcción de un futuro venturoso que aparece como la contracara *vis á vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás” (Aboy Carlés, 2002: 26).

para él arranca con Yrigoyen- ancla en Alfonsín y su discurso democrático. Si populismo es “aquel inestable juego entre el borramiento y la reinscripción de su propio origen”, el discurso de Alfonsín tenía un alto contenido populista.<sup>7</sup> Sin embargo, los militares del Proceso no parecen haberse planteado eliminar esta lógica. Retomando la pregunta de los párrafos anteriores: esta desplazada continuidad, ¿afecta la calificación “fundadora” del régimen militar del ‘76? Parecería que no.

A pesar de la continuidad “populista”, la profundidad de la acción del Proceso tiene un peso que este libro de Novaro y Palermo muestra en toda su dimensión. El gobierno de las Juntas fue certero para desarticular un patrón de reproducción social asociado al desarrollo del Estado, sentando bases que obligarían a los actores políticos de la “frontera democrática” a revisar sus ideas acerca del progreso y del fortalecimiento de la República. Pero esta desarticulación no entregó una tierra arrasada sobre la cual construir un nuevo patrón, sino que, por el contrario, dejó a la vieja matriz socio-política en una lenta agonía. La transición, o, mejor dicho, los primeros cuatros años del gobierno de Alfonsín, serían una muestra cabal de la batalla final entre el patrón populista, o bien la matriz Estado-céntrica, y los albores de una nueva matriz sin una categoría definitiva.

La restauración democrática, de la cual nos hablan los autores ya en el propio título del libro, es polémica. Restaurar puede significar reponer algo en su lugar original o bien arreglarlo para darle una categoría novedosa. En cualquiera de los dos casos, el objeto tiene una matriz previa. Y esta no parece la imagen que entregan los propios Novaro y Palermo acerca de la democracia de la transición. En todo caso, el carácter restaurador o instaurador de dicha democracia debería ser debatido.

Lo más desafiante de este libro, por lo que dice y lo que sugiere, es reflexionar acerca de las fronteras de la política argentina, y cuánto suponen de ruptura y de continuidad -en este caso en particular- el Proceso de Reorganización Nacional y la naciente democracia en 1983. Este debate, para el cual Novaro y Palermo entregan una invaluable cantidad de herramientas, no es menor, ya que sus conclusiones podrían ser de gran ayuda para reflexionar acerca de los 20 años de democracia política que siguieron a 1983.

---

7 De todas maneras, el propio Aboy Carlés le pone reparos a esta conclusión diciendo que la etapa de Alfonsín es de un populismo atemperado. Puede verse Aboy Carlés, 2001, especialmente el capítulo 1.